

EL SEMINARIO QUE YO VIVI

El Seminario no es ese edificio de paredes oscuras, gastadas por la lluvia y por los años y que acaso en las ventanas fáciles tiene rejas de hierro, negras, cruzadas, que dan la impresión, miradas a simple vista, -como se suele hacer hoy- de una cárcel o de no sé que, ciertamente de algo forzado, y que hoy no creo tengan otro fin que servir de asidero a esos niños pobres, sucios, cuyos brazos protegidos por un viejo jersey, ya de color impreciso, oscuro, se extirán decididamente hasta conseguir agarrar unos hierros negros, fríos, pienso que esta sensación fría a esos niños, que tantas veces vemos así, alegrándonos en el fondo, porque captamos principalmente lo externo, lo superficial, lo folklórico, de ese cuadro, no les resulta ya demasiado fría. Ya están acostumbrados a la frialdad, porque, donde quiera que se agarren, siempre encuentran eso: frialdad, nieve, una nieve horrible, una nieve negra. Pienso, digo, que no les resulta demasiado fría ya que poco a poco ese hierro se va dejando calentar... -y cuyos ojos nos miran dulces, tristes aparentemente risueños, y gritan fuertemente, silenciosamente, forzosamente, esa herida azul, verde, parda, negra- no importa el color, lo que duele es la herida -que nadie podrá ya cerrar del todo .

Digo que el Seminario no es eso. Y tampoco es ese edificio ultramoderno, geométrico, de cara acartonada, fría, rígida, que no tiene rejas de hierro negras, cruzadas que poco a poco se van dejando calentar por el contacto de las manos de un niño. No, el Seminario no es ese edificio excesivamente tranquilo, donde no pueden agarrarse esos niños, de mirada triste, herida.

El Seminario es mucho más que un edificio.

Es un grupo de niños a los que hacen levantarse excesivamente temprano, en esos, exageradamente largos, amaneceres de invierno. Niños, que son llevados, arrastrados, por dos largas filas, aburridas, sin zancadillas, a la capilla, junto a El, que les mirará, casi dormidos, tiernamente, apenadamente. Niños, que van a clases: a clases, dadas antiguamente, abstractamente, y que ellos no alcanzan a entender; a clases, dadas en un tono sencillo, asquibbles a ellos, sensiblemente, coloridamente. A clases largas, en las que quizás surge la morriña, surge melancólicamente, tristemente, el recuerdo de mamá y de papá, de Francisco Javier, el hermanito pequeño que apenas sabe hablar. Niños, que también a veces son castigados brutalmente, friamente, severamente, de pie o de rodillas, junto a una mesa vieja, garabateada de nombres lejanos, ya olvidados, viejos como ella, o junto a esa mesa brillante, recién estrenada. No importa la mesa vieja o nueva; lo que duele es ese estar de pie o de rodillas, así; ¡frío!, ¡forzado!, que penetra dolorosamente en su tierna psicología de niños. Y así, una, dos, tres, ... muchas veces, hasta quizá acostumarles, hasta que llega un día, ¡fatal! en que ya nada duele. Ahora, ya no importa ese estar de pie o de rodillas, ese quedarse sin juegos, ese ..., así ¡Frío! ¡forzado!. Niños, que en recreos, casi siempre pequeños, raquíticos, juegan al fútbol, corren, chillan, sonríen ..., hasta que un silbato, tacafío, injustificadamente, violentamente, corta el partido de fútbol, detiene su carrera, ahoga sus chillidos, apaga sus sonrisas ... y Dios quiera que no sea matándolas.

Niños alegres. Niños tristes, que mañana, final de curso, dirán adiós al Seminario para no volver ya nunca. Porque, si ser cura es, como a veces se les ha enseñado equivocadamente, apagar su sonrisa (matar su espontaneidad) ellos no quieren ser curas .

Es un grupo de muchachos, de chicos con 16, 17 o más años, que lentamente, esforzadamente, se van haciendo hombres, con todos los problemas que esto, el hacerse hombre lleva consigo: chicos que al chillar por la mañana bruscamente el timbre se levantan al instante o se quedan, sólo cinco minutos, en cama: unos, porque